

intuir proféticamente lo que quiso decir el autor. Resume Laín: «El historiador necesita *aprender y comprender*; pero, a la postre, esta necesaria comprensión no puede ser realizada sin la osada aventura de *adivinar* la posible intención de un autor que ya no existe. Cuando se dice que el historiador es poeta o “profeta al revés”, se alude, si la expresión es algo más que una frase ornamental, a esa excursión adivinatoria que debe emprender en el alma del autor cuya obra —libro, cuadro o piedra labrada— tiene ante sus ojos. Escribir historias *de veras* es, en fin de cuentas, hacer una montería de intenciones».⁷¹

El aspecto más valioso de la biografía intelectual que Laín hace de Menéndez Pelayo está en la consideración que hace del mismo como historiador. De una vez por todas, Laín se rebela contra el indiscriminado uso que la crítica española ha hecho del vocablo «polígrafo», ocultando entre otras actividades «la que verdaderamente es fundamental en don Marcelino: la de historiador».⁷² El estudio del erudito santanderino que hace Laín es, en este aspecto, una restitución histórica que no podrá ser ignorada en adelante por ningún investigador serio. A pesar de que Menéndez Pelayo no fue un pensador sistemático, es evidente que operaba en él una filosofía de la historia que se articula y formula extensamente en este estudio, dando sentido a sus más notorias influencias: positivismo, «escuela histórica» y hegelianismo. Una vez reconocida la aportación positivista —técnicas filológicas, estudio de fuentes, ediciones críticas, repertorios bibliográficos, monografías expositivas—, don Marcelino recoge varias ideas procedentes del acervo hegeliano: la de que nada hay esencialmente nuevo en el mundo del pensamiento humano; la de que toda novedad se remite siempre a un cambio de ritmo y de estilo de las ideas, reduciéndose a una distinta *configuración* de un contenido invariable; la de que la historia del pensamiento humano obedece a una evolución dialéctica.

Sobre estas ideas monta Menéndez Pelayo una comprensión de la estructura del acontecer histórico de base estrictamente cristiana. La dialéctica histórica es así el lado racional de un orden teleológico providencial; de aquí que pueda escribir Laín: «la relativa previsibilidad de la Historia es la vez molde racional de la libertad humana y un accesible relieve que la inefable Providencia de Dios —Dios, el *ineffabilis modulator* de San Agustín— ofrecería a la razón de los hombres para consuelo de su limitación».⁷³ La inspiración agustiniana, claramente perceptible aquí, le lleva a considerar la historia del pensamiento humano como el raciocinio de un único hombre, expresión metafórica de la *Humanidad* creada a imagen y semejanza de Dios; en esa dialéctica el impulso fundamental no es el progreso continuo e indefinido, sino el ciclo, cuya forma se repetiría alternativamente en dos períodos: uno dogmático, al que seguiría otro crítico y escéptico; y así alternativamente. Según este esquema, Laín considera que don Marcelino es básicamente un historiador de «figuras» —no un filósofo—, donde se repiten los ciclos con una diferente forma en la combinación de *actitudes, problemas y respuestas*. Se advierte aquí la tendencia tipificadora propia del siglo XIX.

A las ideas expuestas, hay que añadir la importancia que tiene en Menéndez Pelayo

⁷¹ Ibid., p. 18.

⁷² Ibid., p. 143.

⁷³ Ibid., p. 148.

la tesis sobre el «genio de la raza»; para él, cada nación tiene su índole o genio propio, que es expresión de la *raza*, identificable con lo *castizo*. Es ella la que da «unidad sustancial» a los pueblos y, aunque nunca desarrolló una doctrina sistemática al respecto, es evidente que, desde su punto de vista católico, «la raza es el *instrumento primario* de la providencia de Dios en la Historia». ⁷⁴ Está operando aquí la idea del *Volksgeist* («espíritu del pueblo»), que le debió venir del organicismo romántico de la llamada «escuela histórica»; de aquí saca la conclusión de que la historia del pensamiento español es un «organismo intelectual» que emerge a su vez del organismo vivo que es la nación, lo que no es óbice a su vez para que en el mero hecho de ser historia tenga sus propias leyes impuestas por el mismo objeto de su estudio: «tendría —dice— su construcción interna, su tejido de causas y efectos, y no podría exponerse a retazos y como fárrago de mal hilvanadas monografías, ni sería yuxtaposición inorgánica, sino cuerpo vivo». ⁷⁵

A partir de esta concepción de la estructura del acontecer histórico, se puede llegar a atisbar el contenido que don Marcelino daba a la realidad histórica; según él, el historiador no sólo debe limitarse a describir los «hechos positivos», sino que a través de ellos conjetura las *intenciones* que hicieron posibles tales hechos y nos dan razón de la «verdad ideal» que se oculta tras ellos, ofreciéndonos una visión de su universalidad. «El historiador —dice Laín— conjetura la verdad ideal, señalando por vía de verosimilitud los fines universales de las acciones históricas. La verdad ideal de la historia está en la universalidad, en el carácter genéricamente humano de ciertas intenciones humanas: las intenciones creadoras de los testimonios positivos en que el historiador debe apoyar su relato. En consecuencia, el historiador verdadero se ve forzado a un menester de adivinación.» ⁷⁶ Es así como poesía e historia se acercan hasta casi confundirse, como queda explícito en este párrafo: «Lejos de ser la historia prosaica por su índole —decía en 1895 don Marcelino—, es la cantera inagotable de toda poesía humana actual y posible, sin que necesite el poeta otra cosa que ojos para verla y alma para sentirla, y talento de ejecución para reproducirla, pues con esto sólo quedará depurada y magnificada, no tanto por algo exterior que el poeta le añade, cuanto por algo que en la realidad misma está, y que no todos los ojos ven, sino los del artista solamente. Sin este poder de visión, sin esta facultad de descubrir la verdad intrínseca y fundamental, oculta bajo las apariencias fugitivas y mudables, no hay, ciertamente, poesía histórica ni de ningún otro género; pero tampoco puede decirse en rigor que haya historia». Por ello el tránsito entre poesía e historia es continuo, ⁷⁷ como enseguida viene a reconocerlo: «En vano se clama contra la confusión de ambos géneros. La fantasía conservará en todo tiempo sus derechos hasta en la historia, siempre que los ejercite en el modo y forma que en la historia cabe, y la sed de realidades que aqueja a nuestro espíritu, y que no se sacia con la realidad presente, la cual le parece por lo común opaca y monótona, buscará siempre en el arte el atractivo de la evocación de lo pasado. Truenen en buen hora con-

⁷⁴ Ibid., p. 93.

⁷⁵ La ciencia española, vol. II, p. 72.

⁷⁶ Ibid., p. 165.

⁷⁷ Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, vol. VII, p. 78.

tra el arte histórico los investigadores sin imaginación y sin estilo, que sólo abusando mucho del vocablo puede ser llamados historiadores; truenen por otro lado, contra el drama y la novela histórica, los espíritus prosaicos, que no conciben para la literatura más noble empleo que la reproducción minuciosa y servil de lo más vulgar, cuando no de lo más bajo y ruín de la vida contemporánea. El hombre de buen juicio contestará siempre, en cuanto a los primeros, que no es lícito falsear la historia ni en lo grande ni en lo pequeño pero que para escribirla hay que saber leerla y sentirla e interpretarla y concebirla como un todo orgánico y vivo, para lo cual no basta la letra muerta de los documentos; pues, si así fuera, no habría historia mejor que un archivo bien ordenado, y hasta sería ilícito y aun pernicioso todo comentario. Y en cuanto a lo segundo, que por grande que sea el prestigio de las ficciones individuales y por mucho interés que tomemos en la representación de los accidentes del vivir moderno, hay algo más profundo, sereno y desinteresado en la contemplación retrospectiva a que nos lleva la historia, y sin duda por eso los grandes poetas dramáticos de todos los tiempos, naciones y escuelas (salvo en el campo de la comedia, que por su índole esencial no puede ser histórica), han preferido lo tradicional a lo inventado, y su fuerza ha estado en razón directa de la compenetración de su genio propio con el alma de la tradición». ⁷⁸

A la luz de estos textos parece claro que la comprensión histórica tiene un carácter adivinatorio y poético, siempre que se ejecute de acuerdo con las reglas técnicas exigidas al historiador; para ello se requiere que en éste se den las siguientes condiciones:

— Que sepa reconstruir o re-crear con *su* propio pensamiento el de la persona o el pensador de que se ocupa. «Nadie posee de verdad —dice— sino lo que por su propio esfuerzo ha adquirido.» ⁷⁹ *Imperativo de recreación.*

— Que sea capaz de aceptar íntegramente el tema histórico que estudia. «Cada nuevo sistema —dice— es un organismo nuevo, y como tal debe estudiarse, aceptando íntegramente la historia y llegándonos a ella con espíritu desapasionado.» ⁸⁰ *Exigencia de integridad.*

— Que tenga la habilidad de guardar un equilibrio entre la «imparcialidad» y el «interés», pues no hay historia verdadera que sea *parcial*, pero tampoco la hay sin una universal *simpatía* e *interés* por los temas que trata. *Imparcialidad* objetiva compatible con un «superior *interés* humano».

Estas cuatro condiciones —recreación, integridad, imparcialidad e interés— queda bien recogidas en este párrafo: «Para comprender el alma de un pensador es necesario pensar con él, reconstruir idealmente el proceso dialéctico que él siguió, someterse a su especial tecnicismo, y no traducirle bárbara e infielmente en una lengua filosófica que no es la que él empleó. Y se necesita, además, colocarle en su propio medio, en su ambiente histórico, porque la especulación racional no debe aislarse de los demás modos de la vida del espíritu, sino que con todos ellos se enlaza mediante una complicada red de sutiles relaciones que al análisis crítico toca discernir. De donde se infiere que el genio filosófico de un pueblo o de una raza no ha de buscarse sólo en sus filóso-

⁷⁸ Ibid., pp. 34-35.

⁷⁹ Ibid., I, 78.

⁸⁰ Ensayos de crítica filosófica, p. 113.